



un cierto
señor
grant

jean
murat

romeo
derean



LAMPRECHT Sorhard

BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMÓN SALA VERDAQUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Teléfono 70557 - Apartado 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS:
Sede, Gral. Española de Librería - Barbañá, 14 y 16 - Barcelona

AÑO X

APARECE LOS MARTES

NÚM. 209

Un certain M. Grant, 1933

Un cierto señor Grant

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por los grandes actores

Rosine Derean - Jean Murat

Narración de AGUSTÍN PIRACES

.....
Producción A. C. E.

Distribuida por UFA

Provenza, núm. 273 - BARCELONA

REPARTO

Rosine Dollet
Grant
Blanca
Señora Mervile
✓ Tchernikoff

ROSINE DERÉAN
JEAN MURAT
Germaine Ansey
Olga Tschetchnow
Roger Karl

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

** Vertien franca del original
alemán "Ein gewisser Herr Grant" (1933)
con Hans Albin Karin Härdt 2
por el mismo DIRECTOR*

PROLOGO

Oculto entre las anfractuosidades de la roca, el hombre espiaba ansiosamente la carretera. Era grueso, de faz repulsiva y ademanes vulgares. En su diestra empuñaba una pistola ametralladora.

Sobre la cinta blanca de la pista, los automóviles de turismo, los camiones de transporte, las bicicletas de los excursionistas, desfilaban de tanto en tanto. Pero el hombre no busca nada de aquello. Sus ojos se fijaron de pronto en un coche que avanzaba a gran velocidad.

— ¡Ese es! — se dijo.

Apuntó su ametralladora e hizo fuego por dos veces. Como fulminado, el vehículo se detuvo. Su conductor — única persona que viajaba en el auto — acababa de recibir el tiro en la cabeza.

El coche no estuvo parado más que un instante. Luego, falto de mando, emprendió una carrera loca en línea recta y, a la primera

curva, rebasó la carretera, despeñóse por un precipicio, dió dos vueltas de campana y rodó, completamente destrozado, al fondo del valle.

El hombre que había disparado, apenas tuvo la evidencia de que el golpe no le había fallado, descendió, corriendo como un gamo, por las anfractuosidades del precipicio, llegó hasta el lugar donde yacían los restos del coche y, sin preocuparse para nada del cadáver del que lo guiaba, buscó ávidamente entre los hierros retorcidos y las maderas resquebrajadas.

— ¡Aquí está! — murmuró entre sí.

Y sus manos, cual garras de ave de rapiña, se apoderaron de una abultada cartera que abrió en menos de lo que cuesta decirlo. Revolvió entre los diversos papeles que contenía y no tardó en descubrir, con visible fruición, un rectángulo de papel tela, en el que las hábiles manos de un delineante habían trazado un complicado plano.

— ¡Listo! — susurró.

Volvió a ganar la carretera. Allí le esperaba un automóvil guiado por una mujer que había rebasado ya los treinta años y vestía con extraordinaria elegancia.

— ¡Hecho? — preguntó la dama.

— Hecho, señora Mervine — repuso el hombre, el tiempo que exhibía la cartera a la desconocida.

— Pues bien, vamos. Ya es tiempo.

La que el hombre había llamado señora Mervine dió media vuelta al volante y bien pronto el auto desapareció entre una nube de polvo...

Pocas horas más tarde, en un importante aeródromo militar, varios jefes del Estado Mayor estaban reunidos en torno de un pequeño aparato de configuración hasta entonces desconocida. Uno de los jefes tomó la palabra:

— El problema de la defensa aérea por medio de las ondas hertzianas — comenzó diciendo — puede considerarse resuelto. He aquí el primer aparato que permite paralizar un avión a distancia. Este modelo es de ensayo, pero ya está terminado otro, con un radio de acción de diez kilómetros. Los planos de ese nuevo modelo los trae su inventor que debe embarcar esta mañana en Venecia a bordo de uno de nuestros buques.

Hizo una pausa y añadió:

— Cuando usted guste, señor ingeniero,

El aludido puso el aparato en marcha, al tiempo que un avión cercano, pronto a despegar, mantenía la hélice en marcha a toda fuerza de motor.

Los jefes fijaron su vista en el propulsor

del avión. Como bloqueada por una fuerza invisible, la hélice disminuyó rápidamente el número de vueltas que daba por segundo y bien pronto quedó paralizada, inmóvil, ante el asombro de los circunstantes.

— Ya ven ustedes — dijo el ingeniero —. El motor deja de funcionar casi instantáneamente. El aparato definitivo, cuyos planos aguardamos, puede obligar a aterrizar en pocos minutos a una escuadrilla entera.

En aquel instante, un avión aterrizó a poca distancia de los circunstantes. El piloto saltó a tierra, corrió hacia el jefe de Estado Mayor y le entregó un pliego cerrado, tras de lo cual saludó militarmente y se alejó.

El jefe rasgó el pliego y su frente se contrajo dolorosamente. Luego, sobreponiéndose a la emoción que le causaba la noticia que acababa de recibir:

— Señores — dijo —, el inventor fué asesinado anoche. Los planos han desaparecido.

Y dirigiéndose a uno de sus ayudantes:

— Teléfono en seguida al servicio de contra espionaje y diga al coronel que le aguardo. Tendremos que mandar alguien a Venecia.

Alto, elegante, simpático, vestido irreprochablemente, recién afeitado y perfumado con un perfume varonil y discreto, saltó a la góndola que le había de conducir al hotel. Aparentaba unos treinta años y había llegado hacía un instante a Venecia.

El gondolero le preguntó a qué hotel habían de ir.

— Ya veremos — repuso —. De momento lléveme a dar un paseo.

De uno de los puentes cayó a la góndola, hábilmente lanzado, un papel que el recién llegado se apresuró a recoger. Lo leyó y, una vez impreso de su contenido, lo hizo a trizas.

Decía así: "Gordon está en el Hotel Danieli, habitación número 116. Tome la 117."

— Deténgase — dijo el viajero al gondolero —. Ese hotel de ahí enfrente me gusta.

Pagó al honrado industrial del remo y penetró en el hotel. Cuando llegaba al mostrador, se cruzó con un hombre aproximadamen-

te de su misma edad, con monóculo y bigote recortado, y oyó cómo le mayordomo le decía:

— Aquí está su correo, señor Gordon.

El recién llegado se acercó al mostrador.

— ¿Un habitación? — preguntó.

— Sí, señor. Tenemos la 213, magnífica, con cuarto de baño...

El número 13 no me dejaría dormir.

— Entonces, el 152 o el 117...

— Perfectamente, el 117.

Mientras el viajero firmaba en el registro, Gordon, que se había alejado del mostrador, preguntó a un camarero:

— ¿Quién es ese individuo?

— Un cierto señor Grant... — repuso el criado, dando a sus palabras el giro francés que acostumbra tener todos los mozos de hotel cosmopolitas —. Artista de music-hall...

— Lo advertí en seguida — repuso Gordon, sin añadir palabra.

Así fué como llegó a Venecia "un cierto señor Grant".

II

La primera precaución de Grant, secundada por uno de sus colegas — el mismo que le había arrojado el papel desde el puente, avisándole donde se hospedaba Gordon —, fué

instalar una derivación del teléfono de este último. Luego se fué en su busca; pues sabía que había ido a dar un paseo en canoa por el Lido.

No tardó en apercibirle. Iba en una embarcación automóvil, remolcando a una linda bañista que montaba un patín. De pronto, ésta cayó al agua.

—¡Media vuelta! — ordenó Grant al gondolero.

Y corrió en socorro de la linda bañista, que, al hallarse al lado de la embarcación, saltó a ella, exclamando con sorna:

—¿Acaso le he pedido su ayuda? ¿O es que se cree usted que me iba a ahogar? Soy campeona de natación, ¿lo entiende?, y me molestan los héroes, señor...

—Grant — repuso éste.

—No me importa su nombre.

—Pues bien, si tanto le gusta este elemento, ¡buen viaje, señorita campeona!

Y sin vacilar un momento, Grant cogió a la muchacha entre sus robustos brazos, la levantó y la arrojó a las olas como quien se desprende de un par de zapatos viejos.

—¿Quién es? — preguntó Grant a su compañero, cuando hubo regresado al hotel.

—Rosina Dollet, hija de un riquísimo armador, Gordon la corteja sin resultado. Muy buena chica, aunque un poco extraña. Va so-

la y está haciendo un crucero por el Mediterráneo.

¡Ah! Y a propósito de Gordon: le han llamado por teléfono desde Roma.

—¿Qué profesión ha dado Gordon al firmar su registro en el hotel?

—Comerciante en cuadros.

—Mis datos son exactos. El capitán Gordon pertenece al servicio secreto. Es, pues, nuestro adversario. Y si está aquí, es que aún no tiene los documentos...

III

En el salón despacho de la casa que el célebre *amateur* de pintura Tchernikoff poseía en la vía Farnese de la Ciudad Eterna, discutían el dueño de la casa y una dama, a quien ya conocemos: la señora Mervine.

—Lo siento, estimada amiga, pero no estoy aún de acuerdo con el Gobierno de Gordon. Es una cuestión de cifras... Necesito más dinero del que creea. Ayer vi un Veronés, que está en venta...

—Y usted arriesga su vida por un cuadro!

—Usted arriesga la suya por autos y por joyas...

—No. Por el placer, insano, lo reconozco, del peligro...

En aquel momento, el timbre del teléfono resonó.

—Conferencia con Venecia — anunció la señora Mervine, que había descolgado el auricular.

—¿Quién habla? — preguntaban desde Venecia.

Aquí Galería Romana — repuso la señora Mervine.

—Aquí el experto en pinturas — repuso la voz de Gordon desde el otro extremo del cable telefónico.

—Los precios han aumentado el triple en el mercado — murmuró la señora Mervine—. Debe venir usted a Roma...

—Perfectamente — contestó la voz de Gordon—. Gran Hotel, habitación 209.

...Mientras tanto, allá en Venecia, y gracias a la derivación que había instalado en su habitación, Grant había oído todo el diálogo sostenido entre Gordon y Tchernikoff.

Para ser espía, se necesitan muchas cualidades. Pero para practicar el contraespionaje, es decir, para espiar a los espías, es preciso tener una sangre fría a toda prueba, jugarse la vida a cada momento y procurar hacerse amigo de todo el mundo, aunque éste sea su más peligroso adversario.

Para un agente del servicio secreto de contraespionaje, todos los medios son buenos. Sirve a su patria, no a la justicia. Si para im-



Grant procuró hacerse amigo del capitán Gordon...

pedir que un secreto de estado pase a otra potencia, tiene que tratar con el más vil y despreciable de los hombres, debe tratar con él con igual corrección que si se tratara de un embajador o de un diplomático.

Fiel a este principio, el señor Grant procuró, en la misma noche de su llegada a Venecia, hacerse amigo del capitán Gordon, el cual no tuvo inconveniente en declararle que hacía cuarenta y ocho horas que estaba allí y

que creía haber conquistado plenamente el corazón de la bella nadadora Rosina Dollot.

Pocas horas después, el señor Grant se encontró en el hotel con la joven, que también se hallaba hospedada allí.

Fue aquella una noche feliz para nuestro protagonista. Él creía que Rosina estaba enamorada de Gordon, pero la nadadora le manifestó, con el mayor desenfado, que no tan sólo aquel hombre le era completamente indiferente, sino que sus asiduidades le molestaban en alto grado.

—Si encontrara usted un medio para desembarazarme de él — dijo — me habría usted salvado la vida dos veces...

Pocas horas más tarde, Gordon y Grant hacían una singular apuesta, cuyo premio consistía en una caja de botellas de champán.

Gordon, para ganárselas, debía pasar la noche a bordo del yate propiedad de Rosina, que estaba anclado en Venecia...

Y la pasó, en efecto.

Pero fue en compañía del capitán de la nave, y no en la de la seductora muchacha, como él esperaba...

Mientras tanto, Grant se despedía, en el hotel, de la nieta del armador, ofreciéndola regresar al cabo de tres días. Pero se guardó muy bien de manifestarle el destino ni el objetivo de su viaje.

Era que había interceptado una comuni-

cación telefónica de Gordon, merced a la cual averiguó que éste tenía que partir para Roma. Por la misma comunicación supo había de hospedarse en el Gran Hotel.

Apenas Gordon hubo puesto el pie en el estribo, Grant se acercó al mostrador del hotel.

—El señor Gordon — dijo — ha tenido que partir precipitadamente para Roma. Me rogó telefonease al Gran Hotel para que le reservaran habitación.

—¿Y... su cuenta? — insinuó tímidamente el mayordomo.

—Yo la abonaré.

Ante un hombre al que se ha visto departir con otro viajero, que abona su cuenta y da órdenes, ¿quién duda de que son amigos? El mayordomo entregó a Grant un telegrama que acaba de recibir para Gordon.

Apenas Grant estuvo solo, se apresuró a abrir el despacho.

Decía así:

Gordon. Hotel Danielli. Venecia.

"Asegúrase que Grant está en Venecia. Aconsejamos prudencia."

Galería Romana."

IV

Guiando un magnífico Alfa-Romeo de carreras, que alquiló en un garage veneciano, llegó a Roma, mientras Gordon se desesperaba a bordo del yate de Rosina.

Se presentó en el Gran Hotel y con el mayor aplomo, dirigióse al mayordomo:

—Soy Gordon — le dijo —. ¿Hay reserva de una habitación para mí? Dí orden al portero del Hotel Danieli de que telefonease pidiendo una...

—Sí, señor. Es la 156.

—Perfectamente. La señora Mervine está en este hotel, ¿verdad?

—Sí, señor. Habitación 209.

—Bien.

Grant subió precipitadamente al piso donde estaba la habitación ocupada por la señora Mervine. En el momento en que se acercaba, oyó dentro de la habitación el rumor de una disputa.

—Te prohibí quedarte en Roma — decía ella.

—Aquí se está muy bien y, además, es donde tengo a todos mis amigos.

Era el hombre que había asesinado al inge-

niero del aparato que paralizaba los motores de los aviones a distancia.

—Te descubrirán — siguió diciendo la señora Mervine —. Además, yo no quería un asesinato.

El hombre se echó a reír.

Pues habérmelo dicho antes. Me hubiese acercado al *judano* y, con una sonrisa, le hubiese dicho: "Perdone usted, caballero, pero tengo que hablar dos palabras con su carta-ra..."

—¡Pronto! — repitió impacientada la señora Mervine —. ¿Qué quieres?

Dinero.

—¿Dinero? ¿Aún más dinero? No olvides que siempre he sido generosa contigo y te he dado el doble de lo que me pedías...

—Desde ayer no tengo un céntimo y si no me lo das...

El miserable se arrojó sobre el espía y le agarró con toda su fuerza la muñeca derecha, hasta el punto de que la señora Mervine no pudo retener un grito de dolor.

En aquel instante, la puerta de la habitación se abrió y Grant hizo su aparición en el dintel.

—¡Vámonos, hombre! — dijo, sacudiendo violentamente al miserable —. ¡Eso no son modos... y menos aún con una dama!

Y, dirigiéndose a la espía, añadió:

—Perdón, señora... He llamado antes de

entrar, pero usted, sin duda, no me ha oído.

La espía recobró al punto su calma característica.

—¿Y qué desea usted?

—Hablarle cinco minutos..., pero tranquilamente.

La señora Mervine se volvió hacia el hombre:

—¡Ahora — le dijo — vete!

—A las órdenes de la señora — repuso el miserable, abandonando la estancia.

Cuando estuvieron solos, la espía se quedó mirando a Grant:

—Es mi chéfer..., a quien acabo de despedir.

Y procuró dar a estas palabras el mayor tono de indiferencia posible.

—Ha hecho usted muy bien en despedirlo, señora — exclamó Grant —, y yo, en su lugar, no volvería a tomarlo nunca más...

—¿Ha entrado usted para darme consejos? — repuso entonces la espía con altivez.

Por toda respuesta, Grant se metió la mano en el bolsillo, y de él sacó una carterita de piel, en cuyo interior estaba, cuidadosamente plegado, un documento de identidad admirablemente falsificado, del que se había provisto antes de salir para Venecia.

—Soy el capitán Gordon, para servir a usted — dijo con un aplomo formidable.

—No comprendo — dijo la dama.

Grant sonrió y en voz baja:

—¿Los documentos...? — preguntó.

Y luego:

—Soy — añadió — el experto en pinturas...

—Imposible — replicó la señora Mervine —. Ya no los tengo. Los he tenido que dar a un amigo.

—Entonces trataré con él.

—Temo que no consiga nada.

—¿Ni con la ayuda de una mujer encantadora como usted?

—No puedo hacer otra cosa sino acompañarle... Pero usted no conoce a Tchernikoff... Sin embargo, vamos a su casa.

V

Sentado en un confortable sillón ante su magnífica mesa estilo Renacimiento, Tchernikoff se hallaba en su despacho hablando en voz baja con otro individuo.

—He telefonado a Venecia — decía éste —. Grant ha desaparecido y nadie sabe dónde está.

—Empiezo a inquietarme — repuso Tchernikoff —. Hemos hecho bien en trasladar el laboratorio a mi "villa".

En aquel momento un criado llamó a la puerta, anunciando a la señora Mervine y al capitán Gordon.

—Bien, que pasen — dijo Tchernikoff —. Y dirigiéndose al hombre con quien había estado hablando hasta entonces, añadió: —Diga a Mario que termine pronto su cuadro, que tengo prisa.

La espía y Grant penetraron al punto en la estancia, donde Tchernikoff había quedado ya solo.

Le traigo a un amigo — dijo la señora Mervine —, el capitán Gordon, que acaba de prestarme un señalado favor.

No esperábamos al capitán hasta pasado mañana — contestó Tchernikoff —. Debo prevenirle que entre nuestros adversarios y nosotros, no es más que una cuestión de minutos...

Mientras Tchernikoff hablaba, la señora Mervine contemplaba por una ventana a un sujeto que se hallaba plantado en la acera opuesta y a quien había visto ya varias veces.

Seguía constantemente a la señora Mervine, ofreciéndole un ramo de flores. Era viejo y vestido de una manera estrafalaria, lo cual le hacía doblemente ridículo.

—Otra vez el señor aquel viejo con los botines blancos y el ramo de flores... ¿Qué piensa usted de él, señor Tchernikoff? — preguntó la espía.

—Polieta, quizá — observó el dueño de la casa.



Diga a Mario que termine el cuadro enseguida.

—¿Polieta, con un ramo de flores? ¡Sería demasiado bello!

Tchernikoff reflexionó un instante.

—Tal vez sea Grant — acabó por decir —. ¡Si tuviera un retrato de él!

—¿Grant? — exclamó la espía —. ¡Vamos, un poco de seriedad!

—¿Cree usted que Grant vendrá a Roma?

—No se lo deseo — repuso impasiblemente.

Tchernikoff... Y, dirigiéndose al que creía era el capitán Gordon:

—Cuando haya recibido todo el dinero, le entregaré los papeles que a usted le interesan. Pero dese prisa, porque si recibimos otra proposición más ventajosa...

Abrió la caja de caudales para guardar en él un cuadro y añadió:

¡Ah! Para su gobierno, los documentos en cuestión no están en la caja de caudales.

Luego descolgó el auricular del teléfono:

—¿Cómo está ese cuadro? ¿Qué? ¿Que necesita usted aun dos sesiones por lo menos? ¡Ya le dije que quiero el cuadro esta noche sin falta! Prevenga a Mazzini que luego enviaré por la cartera... Ya sabe él lo que quiero decir. Y mándeme entonces el cuadro. Bien. Hasta luego.

Colgó el auricular y dijo a Grant:

Es Mariano Landi, a quien he encargado un retrato de mi mujer. Le he instalado un estudio en la "villa" que tengo en las cercanías de Roma...

Los dos hombres se despidieron, sin acabar de concretar la operación. Pero lo hicieron con la sensación precisa de que bien pronto iban a luchar uno contra otro...

VI

El azar tiene coincidencias singulares. Casi al mismo tiempo en que tenía lugar la escena anteriormente descrita, llegaba a Roma Rosina Dollet.

Le había intrigado profundamente la equívoca actitud de Grant y, habiendo averiguado por el dueño del garaje donde le alquilaban el auto, que había partido para la Ciudad Eterna, allí se dirigió la hermosa viudita...

Cuando el tren llegó a la estación, una hermosa dama, de algunos años más que Rosina, la esperaba en el andén.

—¡Blanca!

—¡Rosina!

Las dos amigas se abrazaron. Un faquir se acercó a recoger el equipaje de la nieta del armador.

—Lleve usted todo esto a mi casa — dijo la dama que había ido a esperar a Rosina.

—¿Qué dirección?

—Bianca de Tchernikoff, vía Farnese, número...

* * *

Fueas horas más tarde, Grant, junto con el inseparable amigo que tan preciosa colaboración le prestaba, averiguó el lugar donde se

hallaba enclavada la "villa" de Tchernikoff y hacia ella se dirigió, dispuesto a jugarse el todo por el todo.

Pero para penetrar en casa ajena, es preciso buscar un pretexto. Y Grant cogió su Alfa-Romeo y, simulando un accidente automovilístico, pudo penetrar en la "villa", aunque no por la puerta grande.

En el interior de la finca estaban Mario Landi y Bianca de Tchernikoff.

—¡Por Dios — decía ella —, termina el cuadro de una vez! Empiezo a tener miedo de que mi marido sospeche que en lugar de "pasar", me he estado aquí todas estas tardes hablando de amor contigo...

—No te preocupes — repuso Mario Landi. — Esta noche estará concluido.

En aquel momento entraba Grant.

—Perdone — dijo, saludando ceremoniosamente — He venido a excusarme por este pequeño accidente...

—Esta casa no es mía — contestó Mario —. Es del señor Tchernikoff.

—Entonces, he oído hablar de usted. El señor Tchernikoff le telefoneó refiriéndose a la carta con documentos...

—Diríjase a Mazzini. Yo no estoy enterado.

—¿Y el cuadro? — siguió diciendo Grant.

—No parece muy adelantado, ¿eh?

—¿Le envía Tchernikoff? — preguntó entonces con algún recelo Mario Landi.



Rosine, no comprendía como Grant se presentaba en casa de Tchernikoff con el nombre de Gordon...

—¡Qué! Ni siquiera sabe que estoy aquí. En aquel instante se oyó la voz de Tchernikoff que llegaba.

—Perdón... Lo sé perfectamente — dijo con espantosa calma —. No he empleado mucho tiempo en hallarle, señor Gordon...

—Le habrán contado — interrumpió Grant — que he tenido un accidente...

—Sí, sí... ¿Está aquí mi esposa?

Bianca, que se había oculto al ver llegar a Grant, hizo su aparición en la estancia.

—Querida mía — le dijo —. Tengo el gusto de presentarte al señor Gordon...

Y luego, como explicando el motivo de su presencia en la "villa":

—He venido a recoger el cuadro.

Bianca quedó aterrada. ¿Cómo revelarle la verdad! No obstante, tuvo una idea. Corrió a la habitación donde estaba Mario y entre los dos buscaron la solución al problema.

—No hay más que una — dijo Mario —. Envolvemos otro cuadro y, cuando lo desenvuelva, le diremos que nos hemos equivocado. Para entonces, yo tendré ya listo éste.

Así lo hicieron. Momentos más tarde, Bianca en persona comparecía con el cuadro cuidadosamente embalsado.

—¿Qué es eso? — preguntó Tchernikoff.

—El cuadro. Acabamos de envolverlo.

—Me hubiera gustado verlo.

—Ya lo verás en casa. Tengo prisa. Ya sabes que esta noche tenemos invitados...

—Bueno. Vámonos.

—Les acompaño — dijo Grant, haciendo gala de una calma imperturbable.

Una vez en la carretera, nuestro protagonista se despidió del matrimonio.

—¿Quién es ese señor Gordon? — preguntó Bianca a su marido —. No me habías hablado nunca de él... ¿Tratáis de negocios?

—Sí — respondió Tchernikoff —. Trata de engañarme. Es, pues, un trato de negocios...

VI

—Es preciso que me ayudes, Rosina. Mario no ha terminado el cuadro y, si mi marido se diera cuenta, sospecharía... Hemos embalsado otro cuadro y es preciso retirarlo para sustituirlo por el verdadero, que llegará de un momento a otro...

—Pero, Bianca... ¿Tú no te das cuenta de lo peligroso que es eso?

—Rosina... Querida Rosina... ¿Tú no harás esto por salvarme?

Así hablaban la joven nadadora y la esposa del señor Tchernikoff.

—Bien. Lo haré, aunque no sé por qué temo que ha de ocurrirme algo...

Después de la cena, Rosina se dirigió, con paso de lobo, hacia el lugar donde estaba la caja de caudales, donde se guardaba el cuadro...

En el momento en que iba a abrirla, un hombre hizo irrupción en la estancia.

Era Grant, que había sido invitado a cenar con Tchernikoff.

—¡Manos arriba! — exclamó.

—¿Grant!

— ¡Chitón! No pronuncie usted este nombre. Aquí me llamo Gordon.

— ¿Es usted un ladrón internacional?

— De momento, querida Rosina, no puedo decirle.

La pareja abandonó la estancia. Pero, al cabo de poco rato, Grant oyó otra vez ruido en el lugar donde estaba la caja de caudales. Corrió allí y descubrió a la señora Mervine que, a su vez, intentaba forzar la puerta.

— ¡Hola! — dijo —. ¿Qué? ¿Trabajando por cuenta del capitán Reynt, no?

— Muy ingenioso, señor Grant — contestó ella —, pero no vale.

— ¿No vale?

Echó mano al bolsillo y le mostró una fotografía en la que la espía aparecía paseando entre dos hombres: el que había nombrado Grant y el que asesinó al ingeniero, robándole los planos.

— ¿Entonces, somos enemigos? — dijo la señora Mervine.

— Yo, no.

— Entonces, yo tampoco. Si nos asociáramos, nadie nos igualaría.

— Ya hablaremos — respondió Grant, que no quería comprometerse.

* * *

Rosina estaba cada vez más sorprendida. ¿Cómo era posible que Grant se presentase

en casa de Tchernikoff con el nombre de Gordon?

¿Qué hacía allí?

Ni Bianca ni nadie lo sabían.

Al día siguiente, Tchernikoff habló con uno de sus secuaces.

— He resuelto deshacerme de Gordon. Me parece un tipo peligroso. Y lo más práctico es facilitarle el acceso a mi caja de caudales. De este modo le sorprende y el elimino. A un ladrón cogido *in fraganti* se le puede matar sin temor a que la justicia le condene a una.

Y, a fin de preparar el mismo el terreno, ofreció a Grant un palco en la Ópera, para aquella noche.

— Yo voy también, pero el que tengo está muy distanciado del que le ofrezco. De todos modos, si no desdén aceptarlo...

Con mucho gusto — exclamó Grant.

— ¡Este sí que ha partido por el eje! — pensó Tchernikoff.

A la hora de la representación partieron ambos para el teatro. Durante más de una hora, Tchernikoff espía con impaciencia el palco ocupado por el que él suponía el capitán Gordon. Le vió de espaldas, contemplando el espectáculo con sus gemelos...

Pero, al llegar al primer entreacto y entrar a saludar a Gordon, vió con sorpresa que el que estaba allí no era él.



Bajo la tela se encontró fielmente reproducido el famoso plano...

Era el inseparable y muchas veces casi invisible compañero de Grant.

—Perdone — le dijo Tchernikoff—. ¿El señor Gordon?

—Me invitó a la ópera, diciéndome que tenía este palco... y hace rato que ha salido, diciendo que tenía que ir a realizar una gestión urgente.

Rápido como una centella, Tchernikoff to-

mó un auto y llegó a toda velocidad a la Vía Farnese.

—¡Ja, Ja! — pensaba—. Voy a coger a Gordon con las manos en la masa... Y él sabe, el idiota, que, aunque el golpe le saliera bien, nada conseguiría... El retrato que Mario Landi ha hecho a mi mujer, ha cruzado ya la frontera, con un volante justificativo de que yo le mandaba a una exposición de pintura...

Grant, antes de ir a casa de Tchernikoff, había entrado a tomar una copa de coñac a un cabaret. Allí le esperaba su colaborador.

—¡Grandes noticias! La señora Mervine ha encargado esta noche que roben la caja de caudales de Tchernikoff.

—¡Magnífico! Unos cobrarán la fama y otros... Me voy volando.

Grant llegó a casa de Tchernikoff a tiempo para sorprender a los dos hombres que violentaban el cofre. Uno de ellos era el asistente del ingeniero.

¡Manos arriba! — gritó.

Siguió un breve duelo a tiros de revólver. Grant disparaba con tino, pero los otros, a favor de las tinieblas, lograron escapar.

De Pronto, Tchernikoff penetró en la estancia. Se hizo la luz y apareció la caja de caudales abierta violentamente.

—Perfectamente — dijo entonces con sorna el esposo de Bianca—. Usted ha venido

a buscar estos papeles, ¿no? —Y mostró el plano del aparato que paralizaba los aviones a distancia—. Usted los quiere y yo también. Perfectamente. Pues, para que no sean ni de uno ni de otro, voy a quemarlos. Con ello no se perderá nada. Soy el proveedor de telas sobre las que pinta Mario. Y el retrato ha pasado ya la frontera, ¿comprende?

Grant sabía perfectamente que estaba a dos pasos de la muerte. Pero ni pestañeo.

—Ahora — siguió diciendo Tchernikoff — voy a tener el gusto de desembarazarme de usted.

Y le apuntó un revólver. Pero, casi al mismo tiempo, Grant dió un salto, se apoderó del soplete exo-acetilénico con que los ladrones habían perforado la puerta de la caja de candales... Estaba encendido... Lo abrió del todo, y lo arrojó violentamente contra unos cortinajes que empezaron a arder velozmente...

—¡Cuidado! ¡Nos va a abrasar a todos!

Pero Grant ya estaba lejos. ¡Tenía la clave del enigma! Había escuchado, horas antes, la conversación entre Rosina y Bianca, y sabía que el cuadro estaba aún en la "villa"... Cogió un auto y llegó allí corriendo. Pero un espectáculo terrorífico le esperaba: el edificio estaba ardiendo...

Era que Tchernikoff, ante el temor de que fuese descubierto, había telefonado a Mario,



—¿Cuanto tiempo te vas a pasar contándome mentiras...

dándole orden de que prendiera fuego a la villa...

Al precio de mil peligros, Grant pudo, sin embargo, llegar hasta el estudio y apoderarse del retrato. En el momento en que salía del edificio, llegaban los bomberos.

—¡A eso! — gritó Tchernikoff, que llegaba con ellos.

Pero el fiel colaborador de Grant iba tras

de él con la policía y ésta fué al esposo de Bianca a quien detuvo.

La señora Mervine y sus cómplices eran arrestados al mismo tiempo, y pocas horas después, Gordon llegaba a Roma, transcurridos los dos días que le había dicho Tchernikoff. Cayó, igualmente, en manos de los agentes de la autoridad.

El retrato, sin terminar, de Bianca fué manipulado por los expertos, y bajo la tela se encontró fielmente reproducido el famoso plano...

Grant había triunfado en toda la línea.

A bordo del yate de Rosina, ésta y el agente secreto dialogaban en voz baja:

—Ahora ya sabes lo que vine a hacer aquí. Traía una misión importantísima, y no podía, en modo alguno, revelar mi nombre a nadie. Pero ahora voy a decírtelo. Soy el capitán de Estado Mayor Bergall, perteneciente al servicio de contraespionaje.

La bella muchacha se echó a reír.

—¿Qué hombre! — exclamó —. Ni es artista de variedades, ni ladrón internacional, ni se llama Grant... ¿Cuánto tiempo te vas a pasar contándome mentiras?

Bergall le besó en los labios.

—Toda la vida — contestó — si tu me lo permites...

FIN

CONTECIMIENTO DEL AÑO II

LOS 4 ALMANAQUES 1935

QUE TODOS LOS NIÑOS LEERÁN

por los más grandes e insuperables artistas

MICKY MOUSE
Y MINNIE MOUSE

LOS TRES CERDITOS

Creaciones del genial caricaturista
WALT DISNEY

BIMBO

BETTY BOOP

Creaciones del celeberrimo
caricaturista
MAX FLEISCHER



Precio popular de cada Almanaque: 30 cts.

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA
Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del im-
porte en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado.
Franqueo gratis.